



S E R I E

X X I

ZELMAR ACEVEDO DÍAZ

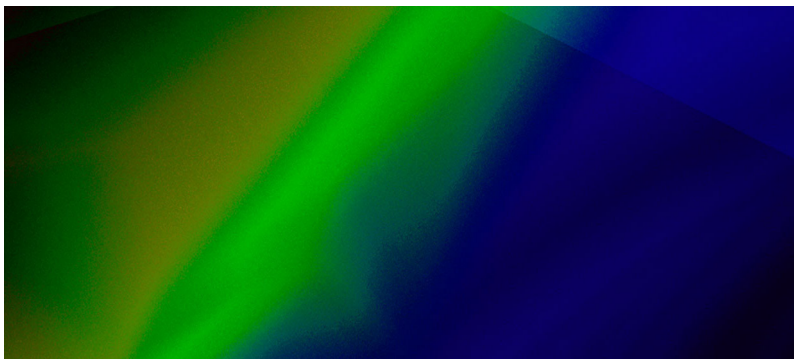
AGITADO CAMINO

HACIA LA

MEDIANOCHE

COLECCIÓN OCTAEDRO





Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

JUNIO 2018

Diseño de tapa, *Serie XXI*; Patricia Bence Castilla

Foto de solapa: Juan Ignacio Acevedo

Contacto con el autor: zelmaracevedo@yahoo.com.ar

Ediciones Ruinas Circulares

Directora: Patricia Bence Castilla

Aguirre 741 - 7º B

(1414) Buenos Aires

E-mail: info@ruinascirculares.com

www.ruinascirculares.com

ZELMAR ACEVEDO DÍAZ

AGITADO CAMINO HACIA LA MEDIANOCHE

-C U E N T O S-

COLECCIÓN OCTAEDRO

SERIE XXI

ediciones ruinas circulares

ÍNDICE

El juego / *página 7*

La pared / *página 17*

Estambul / *página 35*

El jardín de senderos que se interrumpen / *página 49*

Boca de tormenta / *página 56*

Últimos días de verano / *página 72*

Cardos del paraíso / *página 89*

No hay Dios entre las ruinas / *página 95*

Las paralelas se tocan / *página 110*

El estancamiento / *página 129*

Agitado camino hacia la medianoche / *página 138*

EL JUEGO

*Seguramente, hay actos que se cumplen
sólo porque los tememos. Si nuestro miedo
no los convocase, (...) jamás organizarían la dispersión
que los mantiene en estado puramente potencial.*

Carlos Fuentes

Pocos metros delante de él, el hombre lo miró de manera fugaz. Lo hizo con disimulo, como si tratase de esconder aquella mirada, de hacerle creer que miraba otra cosa, atraído por la hojarasca en remolino desplazada por el aire, por el paso del tren a lo lejos, interesado en algún insignificante detalle del paisaje, pero percibió que había girado la cabeza apenas el ángulo necesario para mirarlo a él, ligeramente de costado, con el rabillo del ojo, y también se dio cuenta de que el hombre hubiese deseado otro ojo en la nuca, medio encubierto entre la pelusilla de su pelo mezquino o por el cuello de la camisa, observarlo con detenimiento, observar su anatomía de muchachón veinteañero, su estatura cargada de fibras, el color de la piel, la calidad de las ropas, examinar su intención, el propósito de la mirada a sus espaldas, su nivel de peligrosidad. Pero debió hacerlo de manera fugaz, con disimulo, apenas el rabillo, el paso de repente interrumpido por décimas de segundo para seguir como si nada, nada ocurría, sólo un muchachón que caminaba detrás, que había confluído en la esquina andando por la misma vereda en sentido contrario y que después tomó la misma dirección de pura casualidad, sólo un muchachón de esos, tal vez vecino del barrio o que venía de dejar a la novia, pero lo había visto venir de frente y justo dobló en la esquina y ahora caminaba a sus espaldas. El muchacho lo advirtió, descubrió el miedo del hombre en ese gesto de voltear la cabeza, apenas el ángulo para explorarlo rápidamente, un miedo enlazado a la soledad de la calle, al silencio de los barrios apartados, el miedo incorporado a la

noche y al rumor de los árboles y a las luces amarillas espejeadas en la superficie del empedrado con la lluvia de la tarde. Penetró en el miedo del hombre como otras especies lo hacen por el olor, lo advirtió con el instinto, el lado irracional y primitivo, y sintió en su boca un sabor placentero, una sensación de predominio desde su condición animal. Fijó su mirada en la nuca, en ese ojo ausente que vibraba tras la pelusilla, recorrió la espalda de arriba abajo, a lo largo de las vértebras, acarició aquellos hombros con sus ojos helados, los hombros caídos que se prolongaban en esos brazos regordetes sin un solo músculo marcado, un cuerpo de escritorio, de rata entre papeles que husmearía con su hocico de negocios las columnas del debe y el haber, sin un día de gimnasio ni una tarde de sol que agregase una película de color sobre esa piel blanca y abrillantada por la grasitud.

El muchacho se preguntó qué clase de mujer podía dormir con ese hombre, qué clase de mujer podía sentir sin repulsión el cuerpo de ese hombre sobre el suyo, la piel blanca y el sudor frío en contacto con su piel, el olor ácido de las axilas, el aliento exhalando eternos problemas estomacales, malas digestiones, restos de comida acumulados en las caries. Qué clase de mujer podía acompañar con el orgasmo la eyaculación de ese hombre, sentir sin dolor el sexo entre sus piernas, y un gesto de asco fue dibujando en su rostro esa imagen del antiamor, sin juegos, sin caricias, sin boca que recorra el cuello, los pechos, el vientre, que muerda los pezones, que hurgue con la lengua en el ombligo, sólo labios secos abiertos como un tajo en la cara y un cuerpo pegado al suyo que cumple con un ritual programado para acabar sin placer y quedar exhausto y dormido antes del minuto.

Pero ahora estaba allí, caminando algunos pasos delante de él en esa noche de luces amarillas, de soledad sin vecinos en las puertas y el único negocio de la cuadra ya cerrado, con ese muchachón a sus espaldas que apenas si pudo ver con aquel giro fugaz, si fumase podría detenerse a encender un cigarri-

llo y eso obligaría al muchacho a pasar de largo y colocarse al frente, entonces podría vigilar sus movimientos, sostener la distancia, mantenerse atento a sus intenciones. El muchacho vio que el hombre se demoraba junto al cordón de la vereda y que parecía indagar con dificultad la hora en su reloj de muñeca a pesar de la luz amarilla que resplandecía en la calvicie, acaso simulando ser un tanto corto de vista. Este imbécil cree que puedo ser un delincuente, un villerito del otro lado de la vía. Y repitió: viejo imbécil, a pesar de que no lo veía viejo, un hombre de mediana edad al que llamaba viejo en relación a su juventud, y la madurez del hombre le produjo el efecto de excitar su condición de joven hasta el punto de permitirse ese sentimiento de agravio, el ultraje de ser ofendido por un imbécil, un cálido desprecio que se inflamaba con la actitud del hombre, con cada segundo de su reloj pulsera, con la atención en él y la mirada en las manecillas, la humillación de que aquel imbécil pensase, por un instante, que él podía y *debía* caer en aquella trampa, cuando era él, en realidad, quien estaba en condiciones de imponer las reglas del juego.

Se detuvo. También junto al cordón de la vereda, en la misma línea que el recorrido del hombre, pero a distancia de la luz y ensombrecido por el ramaje de un plátano, y así permaneció estático, casi mimetizado con el tronco del árbol, con los segundos sin tiempo porque su inmovilidad lo había suspendido y las manecillas del reloj del hombre se habían paralizado. Sintió que su presencia presionaba sobre las espaldas del hombre que ya habría confirmado que algo ocurría, que él no pasaría de largo silbando bajito a su lado como si nada y seguiría su camino con las manos en los bolsillos hasta perderse en el codo de la esquina. Percibió que el hombre hubiese dado cualquier cosa por animarse a enfrentarlo y darle un rostro a su cara, una anatomía a su cuerpo, franja social a la vestimenta, darle identidad, verificar la intención, leerle la mirada. Eso habría quebrado el momento, desintegrándolo, devolviéndolo a un estado anterior, regresado a la sensación

de normalidad. Además habría descubierto su perfil de clase media, su indumentaria de gimnasio, las zapatillas adidas, el bolsito marinero, la piel encendida de vitaminas, proteínas, minerales. Hubiese dado cualquier cosa, pero no lo hizo.

Entonces el miedo del hombre cruzó la calle en diagonal. Era la actitud que terminaba de desnudarlo, el alma expuesta, despojada, el miedo a la luz de los faroles amarillos, reflejado con descaro en las piedras de la calle, acaso con la tibia esperanza de que él siguiese camino por la otra vereda. Se permitía desafiarlo obligándolo a una resolución. De nuevo el sabor dulce en el paladar, sin sonrisa en los labios, sin satisfacción en el rostro, sólo la actuación de mirarlo con furia aunque el hombre no pudiese verlo, pero la navaja punzante de su mirada le recorrería la espalda, se hundiría en la nuca, le desprendería con un giro el ojo ciego que presentía sus movimientos, vagaría de una manera casi despreocupada por la calvicie, el filo de la mirada entre medio del silencio porque los pasos del hombre se diluían en los botines de goma y sus propios pasos en zapatillas se perdieron cuando cruzó la calle en diagonal y volvió a colocarse a sus espaldas. La impresión de dominio sobre el hombre le llenó la boca de una superioridad abrumadora, sintió el sudor del hombre que empezaba a pegar la camisa a la piel, las gotas que resbalaban de las axilas a la cintura, el dolor en la boca del estómago, la garganta petrificada, sintió sus nervios agarrotándole los brazos que ya no pendían con el balanceo de quien camina con naturalidad, los brazos duros, casi adheridos al cuerpo, y su propio cuerpo rebasado de impiedad, saturado de desprecio ante esa imagen del miedo pavorosamente vulgar que terminaba de definir al hombre, darle un lugar en el mundo, el hombre abierto sobre una mesa de laboratorio, analizado y al fin descifrado a través de una serie de actitudes y reacciones insignificantes, despojado de sus vísceras, el escándalo de sus entrañas expuestas, cada partícula, cada porción sangrante de su mediocridad que ni siquiera era capaz de darle a aquella persecución un rasgo sin-

gular, casi un atrevimiento por el vínculo que se había creado entre los dos, y para que el vínculo se mantuviese imperturbable debía continuar tal como había surgido, él un ladronzuelo, un asaltante por monedas que aprovechaba su ventaja amparado en la orfandad de la noche, un villero nacido de la miseria en el otro lado de la vía, el hombre que vendría de dejar su automóvil en el garage, que regresaría de su negocio o de la oficina a pocas cuadras del lugar, quién sabe, el hombre con su miedo corriente, previsible, su contenido deseo de huir, de golpear alguna puerta con los puños, pedir ayuda a los vecinos, patear un portón de chapa, una cortina metálica con la ilusión de que el estruendo ahuyente al intruso, o empezar a correr y a correr pero reconociendo que cualquiera de esas opciones podía acelerar el desenlace, y si eligiese la huida, cuántos metros le llevarían a aquel muchachón darle alcance, agarrarlo extenuado, envolverle el cuello con un brazo y deformarle la cara con el puño del otro, exigirle que él mismo vacíe los bolsillos, que se lo entregue todo, todo, el reloj, el dinero, los documentos, la dignidad, así reducido en una mezcolanza de excreciones, el sudor, la saliva en hilos de baba, los mocos, la sangre, acaso también se le ensuciasen los calzoncillos, seguramente eso estaría recorriendo la fantasía del hombre, y el poder definitivo sobre él consistía en su conocimiento de animal asustado, de su vientre como piedra, la respiración acelerada, mientras que el hombre no lo conocía a él, incapaz de penetrar en su propósito y de reconocer el juego de caminar a sus espaldas sólo para asustarlo, sujetarlo a su miedo hasta el límite de lo posible, y cuando llegase a la puerta de su casa, pasar al lado con aire distraído, o mirarlo con su mejor sonrisa de idiota, viejo pusilánime, te asustaste de nada, y por qué esa sensación de conocerlo desde hacía tiempo, como si al entregarle el miedo le hubiese dado una parte sustancial de su identidad, un dato profundo y vital que lo hacía familiar, como si tan solo ese fragmento de él le hubiese revelado el todo.

Y al verlo caminar confundido entre las sombras de la arboleda, hubiese podido figurársele un muñeco de cuerda, los músculos agarrotados, un engranaje grotesco falto de aceite. Sin embargo había en él algo desesperadamente humano, y esa condición no hacía sino irritarlo, avivarle un odio desconocido aunque reconociese, sin saberlo, que el odio y el desprecio no son cosas que vayan juntas. Era un péndulo entre las dos, un sentimiento difuso, indefinible, que lo erguía y le inflamaba la respiración, que lo afirmaba en la medida que el hombre se reducía, como un parásito adosado al cuerpo del hombre que le fuese absorbiendo algún componente indispensable, la energía vital que hace que un hombre sostenga su mirada y sienta y camine con naturalidad y que él le iba quitando a cada paso, extrayéndole la savia, bebiendo de sus jugos interiores hasta dejarlo seco, un animal disecado expuesto en la vitrina de un museo de especies extinguidas, y hasta lo imprevisible pareció ponerse de su lado cuando, por accidente, pateó un cascotito o un trozo desprendido de baldosa que fue a dar contra el talón del hombre que siguió como si el incidente jamás hubiese ocurrido, pero él sintió la convulsión, el grito de pánico, la urgencia del hombre de correr hacia la avenida cargada de tránsito, de bares, de gente esperando en la parada de los colectivos, el deseo transformado en nostalgia desesperada, echarse en el sillón, frente al televisor, un café humeante entre las manos, el vivir en penumbras junto a la mujer que no amaba, el deseo de la existencia anodina de pronto tan lejana, cuánto le faltaría para llegar a su casa, la eternidad de una cuadra, una cuadra y media, no debía de estar muy lejos, era alguien del barrio que venía de la oficina o de dejar el auto en el garage, quién sabe, acaso no era como él pensaba, acaso el miedo lo estuviese llevando de vida, cotizase el valor de su miseria cotidiana, acaso, también, no fuese el mismo hombre que viese venir caminando de frente y que doblara en aquella esquina, tal vez algo se habría quebrado dentro de él, pero el hombre seguía pareciéndole previsible y no se sorprendió al advertir que apuraba el paso,

como un efecto tardío del incidente del cascote, sus reacciones no estaban pegadas al reflejo, al salto espontáneo, lo estaba pensando, lo calculaba, el miedo se fundía con la especulación, eran uno solo, y por un instante hasta se le atravesó la idea de abandonar la caza, cuando el hombre llegó a la calle transversal, miró hacia un costado como si vigilase la proximidad de un vehículo y otra vez, furtivamente, extendió la mirada hacia él. Cruzó la calle casi corriendo. Era una cuerda, una cuerda que lo mantenía atado al hombre porque también él aceleró el paso y sus zancadas pronto recobraron la distancia, pero no quería acercarse demasiado, sólo la medida para preservar el miedo, mantenerlo latente, el margen que una serpiente enroscada necesita para el impulso mientras sus ojos mantienen paralizada a la víctima. Pero el hombre era una víctima de juguete y él apenas un perseguidor ficticio con ese sabor dulzón en la boca, el placer de provocarlo, de llegar hasta el nudo de su miedo, el sitio culminante, y desaparecer dejándolo con el corazón a los saltos, abochornado, enfrentado a su instante de terror como ante un espejo donde pudiese contemplarse sin máscaras, el rostro pálido y desarticulado, estremecido como el ratoncito que milagrosamente escapó del ataque de la serpiente.

El hombre se detuvo a mitad de cuadra, frente a una puerta de madera empotrada en una pared lisa, un frente moldeado con un hacha, sin siquiera un alero que rompiese con su monotonía de paredón de baldío, y un par de pasos más allá, la ventana enrejada. Él disminuyó sus pasos hasta quedar casi en el lugar, pasitos despreocupados como quien avanza haciendo botar una pelota. Parte de la vereda y el empedrado frente a la casa estaban destruidos por una obra de reparación cloacal o de instalación de gas, con fosos cubiertos por tablonnes y aislados por una cinta perimetral de colores, y si había disminuido el paso fue porque de pronto vio la situación y eso lo desconcertó; tendría que pasar por afuera, por el lado de la calle, o por el estrecho espacio que quedaba en la vereda, intentar el paso pegado al hombre, que se apuraría en abrir la

puerta antes de que él se arrimase y cerrársela en la cara. La humillación de un portazo, la victoria final del hombre que de ese modo le diría que él había ganado el juego, que su intención de asaltarlo había fracasado, todo su miedo por fin descargado en ese golpe contra el umbral, la cerradura enloquecida del lado de adentro, ésta es mi casa, aquí no entra nadie, pasaría por afuera entonces, pasaría con su carcajada muda y que la idea del asalto frustrado quedase en la carne del hombre como una estafa de su fantasía, una estúpida bufonada de su imaginación, dejarlo en ridículo, pero el miedo del hombre retardaba la situación, lo seguía pensando, seguía especulando, no quería abrir la puerta hasta que él lo encarase o pasase de largo porque la maniobra era bien conocida, pegarse a la víctima en el momento de abrir, reducirlo adentro, disponer de todo el tiempo para interrogarlo, dónde esto, dónde lo otro, quiénes, cuándo, después sujetarlo, amordazarlo, o encerrarlo en el baño, desvalijarle la casa, en eso estaría pensando, seguro, o es que su miedo ni siquiera era capaz de encontrar las llaves con la rapidez necesaria y se metía en un bolsillo y en otro, porque fue llegar a la boca reducida de la vereda y sentir cómo arrastraba al hombre hasta la exaltación de su delirio, que terminó por encontrar las llaves cuando él estuvo a su lado y debió detenerse, impedido de pasar porque el hombre hacía de barrera, inclinado frente a la puerta en medio del tintineo de un manojo de llaves que le temblaba entre los dedos, sin poder hallar la que correspondía a la puerta de casa, resbaladizo y ensombrecido por el cuerpo del hombre de espaldas a la luz, y cuando por fin pareció encontrarla, el manojo entero fue a parar al piso, por lo que debió recomenzar la operación, y él parado junto al hombre, observando desde el vértice de su juventud olímpica ese mazacote de grasa impotente que no conseguía meter la llave en la cerradura de su casa, y fue un roce, un mínimo roce entre su pierna y el hombre, por lo que el manojo fue a caer nuevamente al piso, aunque esta vez abandonado, sin accidente en un repiqueteo de campanitas

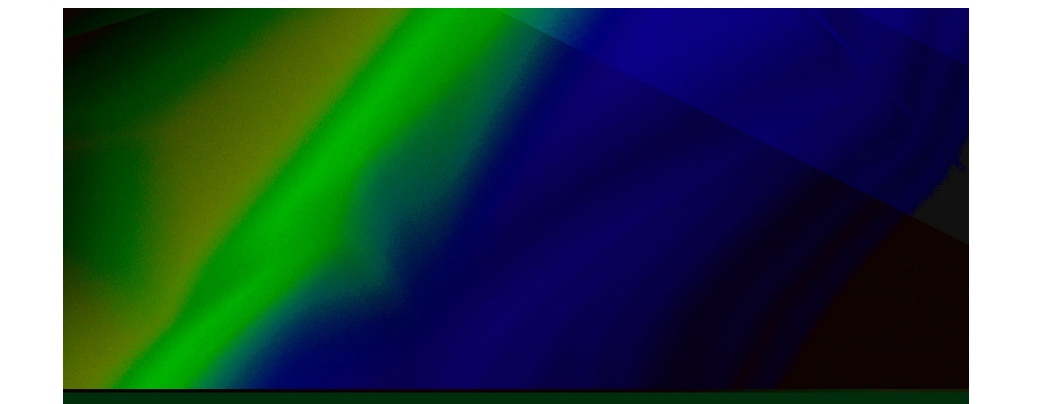
navideñas un momento antes de que el hombre se irguiese y lo enfrentase, la cara empapada en sudor, el mentón que temblaba en una caricatura de película cómica

— Qué... qué quiere...

con esa voz casi aguda que burbujeaba en una laguna de saliva, al fin los rostros descubiertos, la mirada que tendía un puente de acero entre los ojos de uno y de otro, revelándose, inventándose, vinculándose a partir del abismo, y recién allí se permitió esa ligera y delicada sonrisa en sólo un extremo de los labios, el juego ganado, definitivo, irrefutable, ahora podía seguir camino con las cosas en claro y perderse en la esquina llevándose con él el alma del hombre después de vaciarlo, de someterlo hasta escamotearle el aliento, por eso fue tan sorpresiva la reacción del hombre cuando lo empujó y lo hizo trastabillar y sintió la cinta perimetral en la espalda y de pronto el golpe en la boca, un golpe seco que llegó a aturdirlo. Cayó sobre uno de los tablones, que se precipitó al fondo de la fosa y que fue una explosión en la soledad de la noche, y él con sus dedos como garras aferrado a los bordes barrocos de la fosa cuando sintió el cuerpo del hombre desplomarse sobre el suyo, tal vez porque perdió el equilibrio con el golpe o simplemente porque se le ocurrió hacerlo, con las manos en la garganta y el hombre que empezó a apretar y apretar, sus ojos desorbitados y esa mueca grotesca a punto de soltarse en un afluente de lágrimas, y enseguida percibió que no era el coraje del hombre sino su miedo quien lo atacaba, quien lo reducía y le apretaba la garganta y que el juego no había terminado, que el hombre había violado las reglas llevando el juego más allá de lo permisible, y en medio de su desconcierto sólo atinó a tomarse de los brazos del hombre para tratar de desprenderlos, pero el hombre seguía aferrado a su garganta como si de eso dependiese la vida, el maldito miedo aprisionándole la garganta, sin respiración, con la sensación dulce y espesa de la sangre remojándole la lengua, entonces movió las piernas y estiró los brazos en un intento de voltearlo e invertir la po-

sición, quedar sobre el cuerpo del hombre y probar ponerse de pie, pero su mano dio con algo duro, algo irreconocible al principio, no estaba fijo, podía moverlo, parecía una piedra, recorrió la superficie con los dedos, fue comprobando la forma, forma de cubo, y cuando golpeó en la cabeza del hombre llegó a impresionarse por el efecto, el adoquín no rebotó sino que se hundió como en un saco de arena mojada y el sonido de aquel golpe entró en sus oídos igual a un aullido de horror, sin embargo el hombre no cedía y hasta tuvo la impresión de que podía desintegrarle la cabeza que las manos del hombre seguirían aferradas a su garganta, que aquellas manos tenían voluntad propia, desprendidas del hombre, manos que intervenían por sí solas, separadas de esa mueca que le desfiguraba la cara, y recién con el segundo golpe sintió que las manos del hombre se debilitaban, lentamente, apenas un resto de fuerza que se adormecía, que moría sin urgencia.

Lo dejó caer a un costado y se puso de pie. Las luces amarillas saturaban el aire y le dificultaban la visión. Tuvo náuseas. De la cabeza del hombre nacía un flujo púrpura que le bañaba un lado de la cara hasta separarse a la altura del cuello. Entonces el cuerpo del hombre empezó a sacudirse, no todo, eran sus brazos y una de las piernas que se agitaban como un muñeco al que se le acaba la cuerda. Se miró la ropa de gimnasia manchada de barro. Escupió sangre. Rápido, pensó rápido, podía aparecer alguien, el ruido del tablón, un automóvil, él no era un ratero del otro lado de la vía, no necesitaba nada, debía parecer un robo, alejar las sospechas, que fuesen a husmear por la villa, esos barrios mugrosos, hacia allí irían con esos perros que olfatean la pobreza. El cuerpo del hombre seguía temblando cuando quitó la billetera, el reloj, la maldita mano que no se queda quieta, debió arrancarlo. Echó el cuerpo en la fosa y la oscuridad del fondo cubrió la agonía del hombre. Casi olvida el bolso marinero. La ropa enlodada, no correr, pasos rápidos pero no correr, desaparecer de la escena, doblar por la esquina, evaporarse entre las luces amarillas.



Escribo desde el individuo. Escribo sus adversidades, sus fracasos, su tragedia cotidiana. Lo escribo y lo describo desde un pasado de arenas movedizas, el presente que tantea en la incertidumbre, el porvenir que acaso se haya extra-viado para siempre. Pero este individuo no está solo. Hay otros hombres, hay una sociedad, un país. Y la desesperanza con que escribo a estos individuos es la incredulidad de un país que pudo ser y quedó estancado en sus dictaduras aterradoras, sus democracias inútiles. Un país que pervirtió todo un siglo de historia en tiranías, revolucionetas, alzamientos, sediciones, asonadas. Un país que más tarde recibiría la estocada fatal en el 30, que se derrumbó en el 55 y que terminó de desangrarse en el 76. Un país que ya no existe. En ese escepticismo crítico emergen los personajes de estos cuentos, aunque sus melodramas pretendan explicarse desde un baldío sicológico, a veces fuera de todo contexto social, a veces en tono de comedia. El crimen, la indiferencia, el desencuentro fraterno, la conspiración, el renunciamiento, la miseria humana, la alienación y la parálisis son apenas des-puntes de una realidad más amplia que ha fagocitado a sus criaturas.

z. a. d.



EDICIONES RUINAS CIRCULARES